

pañola, la distinción entre derechos civiles y políticos, el problema de la representación en las Cortes, el sistema electoral y la nueva organización administrativa del Estado, los ayuntamientos constitucionales y las diputaciones provinciales. En el último apartado condensa todo lo apuntado anteriormente al insistir en cómo las peticiones abolicionistas del régimen colonial abundaron en aspectos clave de la revolución burguesa peninsular, como fueron la transformación de la estructura de la propiedad y las relaciones de producción, esto es, la propiedad privada de la tierra, la libertad del trabajador, la libertad económica y la reforma fiscal sobre la base de la contribución directa, entre otras.

La cuestión nacional americana en las Cortes de Cádiz no sólo recupera la dimensión imperial de esa legislatura, también coloca a América como elemento esencial para la comprensión de la revolución liberal española.

María José Garrido Asperó
INSTITUTO MORA

Dolores Pla Brugat, *Els exiliats catalans: un estudio de la emigración republicana española en México*, Conaculta/INAH/Orfeo Catalá de Mèxic, A. C./ Libros del Umbral, México, 1999., 393 pp., ISBN 970-18-3836-X (INAH), ISBN 968-5115-08-7 (Libros del Umbral).

La historia de la inmigración tiene preguntas ineludibles sobre las caracterís-

ticas de los inmigrantes y el desplazamiento geográfico. Dolores Pla resuelve estas preguntas con eficiencia al elaborar la historia de los refugiados catalanes que llegan a México después de 1939, historia que también abarca al resto de los exiliados españoles. El estudio está dividido en dos partes: en la primera, la autora se ocupa de cómo ocurrió la emigración; en la segunda, de lo que hicieron los refugiados en México. El libro dejará satisfecho al lector curioso por saber acerca de la inmigración de republicanos españoles a México. También los especialistas encontrarán novedosas las respuestas que la autora ofrece.

Pla propone en la primera parte del texto la singularidad de la emigración republicana en razón de que contó con organización y financiamiento. Ello se debió a que el gobierno republicano, previendo la derrota, creó organizaciones y destinó fondos para llevar a cabo el traslado fuera de España. Pla atinadamente señala que, por estas razones, la emigración política que estudia fue diferente a la que llama emigración económica. Pero la distinción probablemente no estriba en lo político o lo económico ni en la existencia de organizaciones y financiamiento. El éxodo de irlandeses durante la gran hambruna o la emigración alemana después de 1848 o la huida masiva de judíos de los pogroms en la Rusia zarista, fueron todos movimientos migratorios que entretrejieron la política y la economía. En estos casos, y en otros, existieron organizaciones que allanaron el camino y asistieron económicamente a los emigrantes. Quizá lo realmente distinto en el caso de los repu-

blicanos españoles sea que fue una emigración no sólo de individuos sino de un gobierno.

Las migraciones, por lo general, involucran a individuos y no a instituciones. Ello no quiere decir que carezcan de organización y financiamiento, sino que su escala es menor. Las redes de parentesco crean cadenas migratorias que orientan y financian la migración y propician la reorganización de las relaciones sociales en los lugares de arribo. Dolores Pla menciona la migración en cadena en relación con los españoles llegados a México antes de la guerra civil. Lo hace justamente para destacar la diferente manera en que ocurrió la emigración de quienes fueron expulsados por la guerra. Aunque viajaron en grupo, algunos con familia, carecían de lazos que los vincularan a su lugar de destino. Fue el gobierno en el exilio el que decidió y negoció el refugio final.

Las organizaciones de ayuda a los refugiados, además, sustituyeron muchas otras funciones que el parentesco cumple en la migración. Los costos del traslado, por ejemplo, fueron sufragados por el Servicio de Evacuación de Republicanos Españoles y el Comité Técnico de Ayuda a los Republicanos Españoles e, incluso, aportaron subsidios en efectivo y en especie una vez que los refugiados arribaron a México. Pla muestra que estas organizaciones también obraron como filtro. La afinidad ideológica y la membresía partidaria, y no las necesidades y vínculos familiares, fueron criterios importantes para seleccionar a los inmigrantes. También quisieron serlo los requisitos impuestos por el gobierno mexicano,

que prefería mayor número de agricultores y obreros que de intelectuales y profesionistas. El criterio político de las organizaciones, en la práctica contrario al criterio oficial, tuvo mayor peso y fue causa de fricción entre los refugiados y entre las organizaciones de ayuda y el gobierno mexicano.

Ello a su vez nos remite a la estructura de esta emigración. Las migraciones suelen comenzar con números reducidos de individuos relativamente bien situados para después convertirse en oleada masiva de desposeídos. Las cifras y la composición que presenta Dolores Pla dan un giro a esta visión convencional. Efectivamente los primeros en llegar fueron individuos pertenecientes a las capas medias de la sociedad española, seguidos por aquellos social y económicamente menos afortunados. Pero los primeros fueron un grupo mucho mayor en número (alrededor de la cuarta parte) que los segundos.

Bien dice la autora que se trata de una migración "muy peculiar". Este grupo, sin mediar la guerra, difícilmente hubiera emigrado. La explicación reside, por supuesto, en el carácter y razones de la guerra. La autora dedica un buen número de páginas a explicar ese carácter y esas razones, para así entender por qué "el exilio se desgajó de los sectores más ilustrados, en términos de conocimiento, y más modernos desde la perspectiva económico-social" (p. 367).

La segunda parte del libro, sin duda la más interesante, describe lo que estos peculiares inmigrantes hicieron una vez en México. Muchos estudios se han abocado a destacar las aportaciones hechas por los trasterrados a



su nuevo hogar. Dolores Pla apunta que una porción significativa de la literatura sobre los refugiados españoles ha explorado esta veta en especial, resaltando la obra de intelectuales y artistas. Su texto, sin embargo, se aparta de este tono encomioso. Más importante para su estudio ha sido conocer el impacto que la sociedad receptora tuvo sobre ellos. Con ese fin, la autora desarrolla dos líneas de exposición: la inserción económica y los ajustes culturales.

El estudio de la integración laboral es particularmente pertinente debido a la imagen desequilibrada existente de lo que fue el exilio. Pareciera que a México llegaron sólo notables intelectuales y artistas, cuya experiencia fue de éxito inmediato. El minucioso seguimiento que hace de los catalanes nos muestra algo distinto: los difíciles primeros pasos y la posterior diversidad de carreras laborales.

Una de las condiciones deseadas por el gobierno mexicano era que los recién llegados residieran en provincia y, de preferencia, no en las grandes ciudades. Tratando de satisfacer este requisito, las organizaciones encargadas del traslado y el asentamiento los enviaron a distintos lugares de la república. La autora describe el fracaso de esta iniciativa, tanto en las pequeñas ciudades de provincia, San Cristóbal de las Casas por ejemplo, como en los distintos esfuerzos por integrarlos a poblados campesinos. Fracasaron igualmente los experimentos con colonias agrícolas. Las razones fueron variadas para cada caso, pero una constante fue que nadie tenía idea de qué hacer con ellos ni había en qué se ocuparan. No podía ser de otra manera, dado que estos catalanes no llegaron a México atraídos por polos de desarrollo económico. Así, su experiencia y expectativas encajaban mal en el México provin-

ciano y rural de los años cuarenta. Gravitaron por tanto hacia las grandes ciudades del país, en particular México y Guadalajara. Ya ahí, por razones de educación, iniciativa y accidente, tuvieron acceso a actividades en las que experimentarían una movilidad social ascendente. Aunque la autora señala que estas conclusiones se basan sólo en una porción de los catalanes, para quienes existe evidencia, es muy probable que éste sea el patrón general.

Es importante detenerse aquí para señalar lo valioso de la historia oral que utiliza el estudio. Porque si bien la evidencia cuantitativa se presta a generalizaciones, la cualitativa marca límites y variaciones. La autora utiliza los testimonios para dar cuenta de los distintos puntos de vista y las maneras de relatar y sentir la experiencia laboral. Lo que para unos fue aventura exaltada, para otros fue confusión tortuosa, y otros más la sintieron como un surcar sin contratiempos. Respecto de las carreras laborales, en específico, hubo quienes en el momento de ser entrevistados no sentían que su experiencia fuera de movilidad ascendente. Por el contrario, comparado con las expectativas generadas durante su vida en España, consideraban que el destino les había quedado pequeño. La fuente oral obliga a la autora a prescindir de absolutos y generalizaciones fáciles.

Pero la fuente oral ofrece el privilegio de una mirada interna al proceso de integración cultural. Llevar la mirada en esta dirección lleva también a distinguir dos periodos para el estudio de los exiliados. Durante el primero, entre 1939 y 1946, pervive con fuerza la

idea del regreso, incluso triunfal, a España. En esos años predominó la actitud de distinguirse tanto de los mexicanos como de los españoles antiguos residentes, y verse a sí mismos como refugiados republicanos. La esperanza del regreso inmediato desapareció después de 1946. En las tres décadas posteriores la preocupación estaría centrada en la cotidianidad de vivir en un nuevo país. En el transcurso de ese tiempo, argumenta Dolores Pla, los exiliados construyeron vidas en las que combinaron identidades.

Para la mayoría de los mexicanos, los trasterrados republicanos eran refugiados españoles y, pasado el tiempo, simplemente españoles. Pero desde el interior del grupo, la relación con los españoles antiguos residentes fue ambigua. Por un lado, estaba la diferencia política respecto de los sucesos en España. Por otro, la diferencia de intención y actitud respecto de estar en México. Los refugiados quisieron deliberadamente distinguirse de ellos y, en consecuencia, formaron sus propias asociaciones. Sin embargo, la vida diaria propició múltiples contactos. Muchos contaron con la ayuda de los españoles ya establecidos, de quienes recibieron préstamos, ofertas de trabajo y otros apoyos. Los años redujeron el filo cortante de algunas diferencias, dando paso a un acercamiento mayor. Si bien los republicanos pudieron haber seguido un estilo de vida acorde con sus ideas, su patrón de inserción laboral fue, a través del tiempo, parecido al de otros inmigrantes de la península ibérica. Asumieron identidad como españoles, vinculándose a los antiguos residentes, pero también

de refugiados para marcar la distinción frente a los ojos de la sociedad receptora.

En el seno de los republicanos había diferencias, unas producto de la ideología, otras producto del sentimiento de nacionalidad. Por ello, el Orfeo Catalá fue una notable excepción, en lo que toca a asociaciones. Los refugiados catalanes inyectaron nueva vida al Orfeo, donde convivieron con viejos residentes. Unos y otros compartían la idea de la autonomía para Cataluña y el propósito de mantener una identidad catalana. Finalmente, algunos añadieron paulatinamente una identidad como mexicanos. Fueron principalmente los más jóvenes, quienes de hecho se formaron en México y cuyas relaciones y actividades los involucraron con los mexicanos.

En fin, los republicanos eran un grupo heterogéneo. Los individuos tejieron distintas redes de relación personal, bordando fino con los hilos de edad, clase, ideología y nacionalidad. Por ello Dolores Pla habla no de una, sino de múltiples identidades culturales.

Pero si bien el tiempo parece limar asperezas y permitir el apacible navegar entre diversas identidades, los testimonios que presenta la autora revelan tensiones importantes. Sin duda había diferencia —en algunos insalvable— entre ser español a secas, y ser refugiado español en México. Los refugiados vivieron quizás el momento más definitorio de su existencia, la guerra y el exilio, llevados por su ideología. ¿Cómo reconciliar lo entonces vivido con la situación de vida en los años setenta y ochenta, cuando fueron entrevistados? Manuel Martínez Roca lo

expresó con un dejo irónico: “[...]ser millonario y ser comunista es un poco difícil, pero [...]bueno” (p.345, n. 186) Carmen Roura y Luis Soberanes fueron contundentes: “La gente vivía bien [...] se habían aburguesado”, sentenció la primera (p. 345). “Ahora los llaman gachupines a todos”, concluyó el segundo (p. 342). Era, pues, posible pasar de ser “refugiado” a ser “español”, pero no era un paso exento de conflicto interno.

Sentirse mexicano o sentirse español, igualmente, era como estar sentado en el filo porque, según explicó Ángel Palerm, siempre cabría la posibilidad de la aceptación afable o el rechazo cortante. Uno de ellos ejemplificó esta tensión en una anécdota: “Una vez, un buen amigo —y sigue siendo amigo, a pesar de todo—, se emborrachó, pero a fondo, y cuando estaba borracho, borracho, borracho, empezó a insultarme, ‘que gachupín desgraciado’, ¿verdad? Le salió de lo más profundo. Y ya que le pasó, el hombre estaba llorando y pidiendo perdón” (p. 356). Para complicar las cosas existía también el otro lado de la moneda, el prejuicio hacia los mexicanos, una actitud inconsciente de discriminación, como la calificó Antoni Ordovás en su entrevista.

Las múltiples identidades en la superficie requieren del estudio de las tensiones profundas en el proceso de adaptación cultural. Ello por supuesto apunta hacia nuevas preguntas que otros investigadores bien podrían tomar como punto de partida: ¿Cuándo se escoge una y cuándo otra de las posibles identidades? ¿En qué espacios y con qué propósito se negocian estas

identidades? ¿Qué fue transmitido a la siguiente generación?

El texto de Pla Brugat rebasa la historiografía preocupada por destacar las aportaciones de los inmigrantes. También agota su propia perspectiva de cómo la sociedad receptora impactó a los inmigrantes. Sugiere, finalmente, un nuevo campo a explorar para los estudios de la inmigración en México. Éste tiene que ver con indagar cómo los inmigrantes se insertan en los procesos históricos de la sociedad que los recibe. Dolores Pla se ocupa en parte de este asunto, cuando señala la importancia del momento de arribo: un nuevo ímpetu de industrialización y crecimiento económico, que brindó la oportunidad de integrarse a un mercado de trabajo especializado. Ahora que este contorno está dibujado, sería importante reflexionar sobre cómo influyeron en la sociedad que iba configurándose en la segunda mitad del siglo XX. La autora señala, por ejemplo, una característica peculiar de esa sociedad, la ambivalencia hacia lo indígena y lo español o hacia lo prieto y lo blanco. El fenómeno existe, pero hay que reconocer que pertenece no a la sociedad mexicana en abstracto, sino a las capas medias y altas de ella, mismas a las que se integraron los exiliados. Habría entonces que indagar sobre la influencia recíproca dentro del proceso cultural que conforma a estas clases media y alta en México. La problemática se antoja importante en tanto extiende el camino marcado por la preocupación evidente a lo largo del texto: ¿Por qué ese reducido grupo –en la estimación de Pla no rebasan los 30 000– tuvo relevancia en la historia

mexicana, más allá de las celebridades o de ser un capítulo honroso en la historia diplomática?

Gerardo Necoechea Gracia
DEH-INAH

Miguel Ángel Cuenya Mateos, *Puebla de los Ángeles en tiempos de una peste colonial. Una mirada en torno al matlazáhuatl de 1737*, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/El Colegio de Michoacán, Zamora, 1999, 315 pp.

Del siglo XVI al XIX, la población de Nueva España, después México, se vio atacada por diversas epidemias que diezmaron su población; de todas, tal vez la más terrible fue la de matlazáhuatl ocurrida en 1736-1739. Las enfermedades y la muerte durante el México colonial es un tema que, al igual que muchos otros, está en espera de nuevos estudios que den explicaciones coherentes y no sólo describan los sucesos. En esta línea, Miguel Ángel Cuenya realiza en su libro una investigación por demás completa del terrible flagelo que sufrió la ciudad de Puebla en 1737.

Al revisar los libros de defunciones de la parroquia de Analco, el autor encontró que en ese tiempo el número de entierros se elevaba; esto lo llevó a las primeras preguntas. ¿De qué enfermedad se trataba? ¿La totalidad del espacio urbano la había sentido de la misma forma? ¿Los distintos grupos